

Eloy Rubio Carro

JARDÍN HALLADO EN JARDÍN PERDIDO

Sucede con frecuencia que leyendo una novela das con un párrafo que prefigura todo el contenido. Es como si el autor ya supiese y nos anticipase en telegrama lo que va a venir. Así me ocurre con un pasaje de *Jardín Perdido*, la reciente novela de Andrés Martínez Oria, en el que se cuenta el recorrido de los Panero por el jardín de Bomarzo. Nótese que el pasaje además de conciso reflejo es un trasunto del título de la novela, un jardín perdido en el jardín perdido.

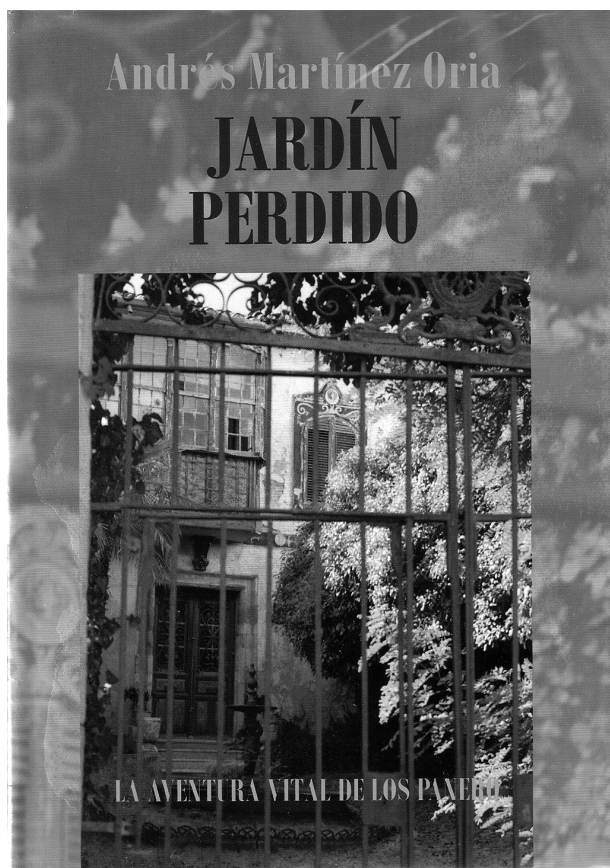
Dice Martínez Oria de Bomarzo que es un raro jardín, un bosque sacro, marginal, transgresor.

Dice Abu Ya'qub que el jardín paradisiaco está poblado de árboles, plantas y aguas vivas, «así como los altos conocimientos y los dones infusos por la inteligencia y el alma son el jardín de la clara percepción interior».

Otros ecos pueblan ese jardín. Se trata de una propuesta de itinerario para iniciados, un viaje místico que emprendemos para realizar el ser que es nuestro, para dejar la muerte propia en brazos de la eternidad. Un conocimiento que no siempre guarda el equilibrio, a pesar de ser balsámico. El itinerario se conforma de manera muy natural con el desarrollo de una vida humana. Una entrada a la vida, con el Jano bifronte de portero, y una salida por una boca ancha que lleva al reino de Perséfone, tras los jugueteos con el Cancerbero.

Pero este pasaje aquí en medio de un «jardín perdido» sólo se explica si el autor lo hubiera escrito una vez conocida la historia, una vez oído el eco, cosa que es tan probable como incierta ya que, si lo escribió después de algo que espacialmente es posterior y final en la novela, sería guiño o trampantojo, pues la novela sólo puede darse en la recepción del eco; es decir aquí, en medio de sí misma y de mí mismo al leerla. Tal vez sea un ejemplo de coherencia bergsoniana: el autor habría tenido que pasar por su vida, por toda la vida de lo que se cuenta. Ha tenido que entrar en la vida del lector para que éste halle el final, un final en el que todo recomienza. Busco en mi vida la huella de ese paso (en esto consiste la operación de leer)...Es tan así, que si así fuera bastaría cualquier mínimo párrafo para que la coherencia de la historia nos inunde. Veamos pues la

historia en sus elementos mínimos, esquemáticos. Un padre intelectual, distante y comprensivo, su mujer preocupada por las travesuras de sus vástagos y por cierto efluvio de misterio que desprenden las figuras alegóricas en el sopor del jardín. Y estos adolescentes que no parecen tener en cuenta las advertencias de la madre. Ahora empiezan las correrías de Leopoldo María, el hijo mediano, Felicidad sale detrás. Son palabras del autor: «Le preocupaban los gestos del hijo, las carreras sin orden ni concierto en aquel mundo disparatado, como si la falta de coherencia en lo que veía volviera también desatinados sus actos, sus expresiones, sus palabras». Nótese que esta es la visión de la madre. El hijo vive esta supuesta incoherencia como desvelamiento. Supongamos entonces que hay un trastorno en el ambiente que se transfiere a los actos del muchacho, que se lanza desacompañado en una carrera



fluvial por entre las figuras alegóricas que conllevan la muerte o la locura. Felicidad lo sigue y lo reconviene, Felicidad que no cejara en su vida de protegerlo y reconvenirlo, de sujetarlo en un internado, prefigura o reproduce en esta persecución el vínculo que mantendrá hasta el fin de sus días con el hijo más díscolo, Leopoldo María Panero.

Michi no asoma en este pasaje, parece como si el pequeñín renunciase a entrar y avistase el paseo desde la puerta. En cualquier caso es un testigo mudo e incluso pasivo, hablo de la novela, y al hacerlo quién sabe si lo haga de la vida. Un rato antes de la visita al jardín, sella las buenas intenciones de sus padres, Leopoldo y Felicidad, Felicidad y Leopoldo, de salir de este viaje renovados: «Se habían quedado atrás...rozándose las manos...seremos distintos después de esto, el viaje nos cambia, nos cambiará seguramente, decía, mientras hundía los dedos en el pelo escarolado de Michi...».

Juan Luis, a ratos niño, a ratos adulto, acompaña por un momento a Leopoldo en la «Casa de la fama», en la casa del vértigo, asomados a la ventana, juntos, felices, no entienden la reprimenda asustadiza de la madre para que bajen de allí. Leopoldo Panero, el hombre tranquilo, le sugiere entonces: «Mujer, déjalos que disfruten».

Parece como si sólo Felicidad y Leopoldo María fueran conscientes de los cambios que se avecinan, de lo que representa este paseo por el jardín, por este microcosmos que concita la vida que está por venir. Mientras, Leopoldo, Souvirón y Juan Luis comentan las inscripciones que se van encontrando; en el caso de Souvirón, al calor de la lectura de Mújica Lainez. Viven la experiencia de manera intelectual, distanciada; apenas sienten lo que está pasando, y sin embargo proporcionan las claves de este raro jardín que recobra aquel que fue perdido. Otras voces habitan el jardín, no son ecos de paraíso sino de vida, fundamento que cada cual de sí interpreta y proclama.

Leopoldo, Juan Luis, Souvirón piensan el sentido de los símbolos que Pier Francesco Orsini, siguiendo el itinerario simbólico de *El sueño de Polifilo*, atribuido a Francesco Colonna, disemina por el parque. Comentan las inscripciones, las advertencias de un saber iniciático de referencias neoplatónicas y paganas. Beben de la iluminación pero no les afecta. Felicidad y su hijo, Leopoldo María, reviven la atmósfera misteriosa plasmada en el jardín en sus propias carnes; solamente hay que estar atentos, dar vida al arquetipo, apropiárselo, tal como suele hacerse en la adivinación por el «I Ching», ser el héroe de la historia que se narra.

Leopoldo María, sobreexcitado, persigue en trance cada una de las figuraciones; su madre va detrás, es ya un impedimento, pues ya no prefigura su historia verdadera, esencial, sino la de subalternade pretender salvar la hazaña impidiéndola, salvar al héroe de sí mismo, desactivarlo. La



Jardín de Bomarzo.

Fotografía tomada de internet (galeriehoffman.com)

locura y la muerte en su concepción son equívocos que no deben ser probados, nunca puestos a prueba, pues sería locura y un poco morir. Desconoce que quien pone a prueba a la muerte ya no será preso de la muerte total. «La fuente no se da a quien guarda en jaulas a las fieras más terribles», reza la inscripción de un surtidor que guarda el dios Neptuno.

Concluye su carrera el niño ante la boca de una enorme cara de ogro que grita: «*Ogni pensiero vola*», entra a su interior. Felicidad vive una pesadilla, una premonición de locura y de muerte inevitables; víctima de la «omnipotencia de sus ideas» no comprende el viaje como un aprendizaje, como una construcción, y sin embargo convive la probatura vital, el periplo iniciático del hijo, sólo que de manera neurótica, obstaculizándolo. No conocerá el fin del viaje, que ha de ser ascensión tranquila y esperanzada de la muerte en brazos de Perséfone.

No resolverá tampoco el enigma Leopoldo, el niño, ya que el viaje termina en abrazo de su madre, a punto de gritar, pensando en la locura de su hermana Eloísa, pensando en ella misma, en los quiebros que venía haciendo a sus dentelladas. El sol acabará de ponerse tras la cordillera del Teleno, un ligero viento le susurra en voz de Leopoldo Panero: «Se esfuma el pensamiento, vuela, es nada». Sentía su mano en el hombro, una mano inmensa como de un dios lejano, protector; esa mano prefigura la visión de Juan Luis a la muerte de su padre, cuando lo bajaban por la escalera envuelto en una manta, una mano inmensa que al descender golpeaba cada uno de los escalones, tal un llamador repicando a los reinos tenebrosos. Dentro, en el frescor de la cueva, en el umbral del más allá, el lector inmortal, un héroe en abrazo acogedor de Proserpina.